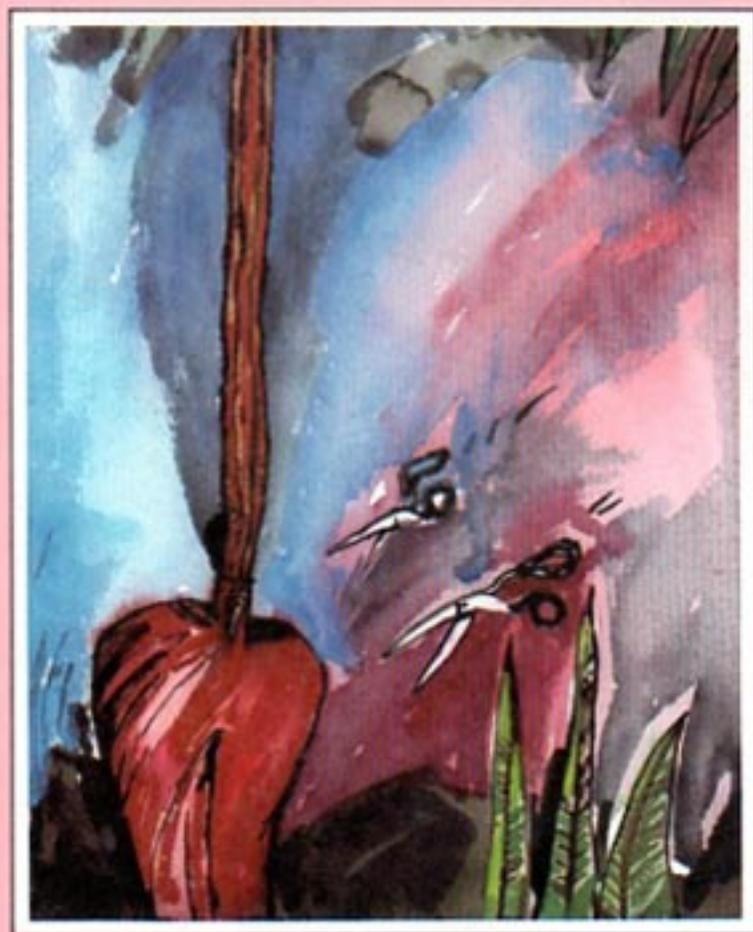


VIOLENTA PUREZA

Magali Lara



cuando nos da la
Orquesta 14

(C) 2014

Consejo Nacional de Profesores
de la Educación de la Juventud

SEP

VIOLENTA PUREZA

Magali Lara

*Textos de Carmen Boullosa
y Eduardo Vázquez Martín*

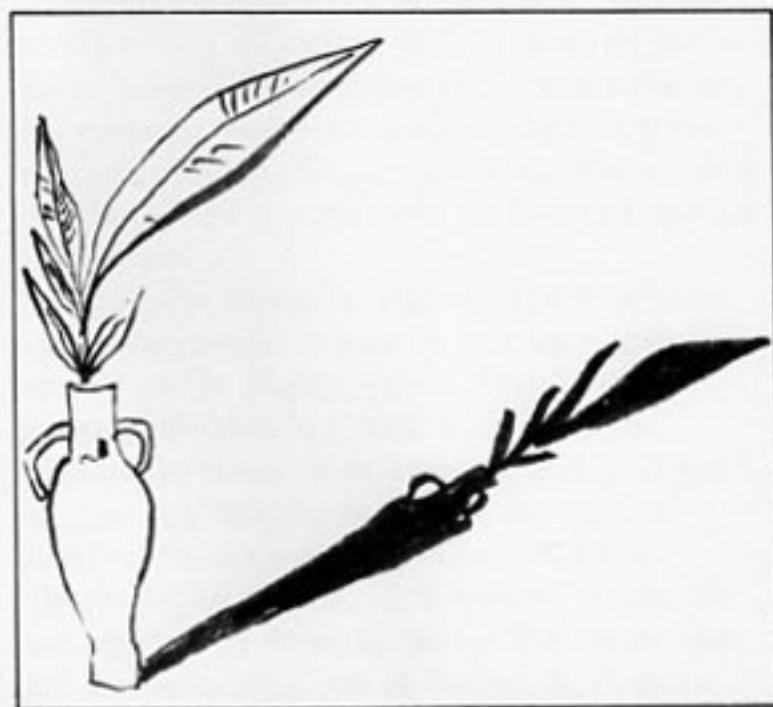
cuando nos da la
Orquesta 14

Violenta Pureza

Coordinador de la Colección: Eduardo Vázquez Martín
Diseño: Natalia Rojas Nieto

Violenta pureza
Decimocuarto título de la colección *Cuadernos de la Orquesta*
Primera edición, 1988
© Magali Lara
© Carmen Boullosa por el texto
© Consejo Nacional de Recursos
para la Atención de la Juventud
Revista *La Orquesta*

Apartado Postal 20-699
Delegación Alvaro Obregón
01000 México, D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN 9-68-854-030-7



Vaya, vaya... Las cosas se han apoderado del cuarto.

Reacomodándose, han ocupado todos los sitios. Se desplazan hasta encontrarse en el lugar que consideran les corresponde y que es el lugar sin tiranía, sin la tiranía de la persona que solía domarlos y constreñirlos. No dejan lugar para nadie más que para ellas.

Abro los ojos sobre la página: es cierto. Así ha ocurrido con las cosas, se han apoderado del cuarto.

Abro los ojos hacia la habitación en que escribo: todo en orden. Todo tiranizado por la inflexibilidad de mi presencia. Los marcos de las ventanas guardan su militar ángulo recto en cada esquina. Se escucha la marcha rítmica que los obliga a pertenecer en la forma que yo les ordene.

Bajo los ojos a la página: alguien dígame qué vena rompió la pintora que ha regado la sangre por la página entera. Pero la sangre impregnada de alma, viva aunque suelta, indomable, fuera de la vena, regada, viva (ya lo dije, con alma) cobra forma en las insubordinadas cosas: en el jarrón, en la almohada, en el piso, en la puerta: tic-tac, tic-tac escucho en todo, un tic-tac fascinante que me amenaza: ellos son el cuerpo en el cuarto.

Ellos son los que poseen carne y voluntad. Yo sólo soy ojos para verlos.

Dejo la habitación en que escribo y me entrego al cuarto que hay en las páginas que miro:

Aguzo el oído: desde un jarrón de vidrio, silba el agua. ¿Qué me dice? ¿Para qué me llama?

“Oye, niña —¿por qué me dirá niña?
¡Hacía tanto que nadie me decía así!—, oye”...
Me acerco al recipiente de agua y veo mi recuerdo despenarse hacia la tela aparente, hacia el agua que se tensa en contacto con el aire. Ahí se estrella mi memoria, lanzada a ella no sé por qué, y el agua del jarrón se vuelve un río, se vuelve lluvia y empieza a caer sobre una vegetación exuberante que yo no había visto antes en el cuarto.

Me acuesto. Pido a las cosas que me dejen descansar. Se entristecen como niñas regañadas y creen obedecerme cuando cambian sus formas por las de la melancolía.

(Una sombra es lo único que permanece sólido ante esa tenue tempestad de tristeza.)

Despierto. Enciendo un cigarro y tomo un café. Me siento. Aquellas cosas dúctiles toman de nuevo forma: esta vez no obedeciendo a ellas mismas. Hacen caso de mi corazón. Encierran en sí los sentimientos, las ideas de mi corazón. Miro con miedo cómo lo que en mi alma germina aparece reventado y crecido ante mis ojos. ¡Quiero tocar el mundo que imaginé a mi pesar para encontrar en ello el alivio, como el bebé que deja el llanto por el pecho, la galleta, el chupón...! ¡Quiero tocar el espejo en que se ha convertido el cuarto que habito!

Pero no puedo tocar. Si las cosas se han vuelto lo que brotó en mi espíritu, mi cuerpo se ha echado a la fuga. Sólo quedo yo, en esta habitación llena de mundo. Sólo quedo yo, vuelta un terrón de ojos.

¿Quién podría encontrar alegría en el dolor de quedarse solo? Esta habitación revienta del amor que siento, del asombro, de la melancolía... No encuentro las palabras que designan lo que tan claramente veo. No son dúctiles las cosas, lo he dicho mal. Son severas, son amenazas; que no me engañen por ser leales y obedientes al dictado del corazón.

Entre ellas y mi frágil discurso me veo

sentada, fumando, tomando un café.

Es obvio decirlo: alce los ojos o baje los ojos veo lo mismo: me dispongo a vivir en el centro de esta página.

Diría que soy ciega cuando, encerrada en el cuarto, las cosas abandonan su forma razonable y se modelan conforme a la brújula de mi corazón. Diría que soy ciega porque lo que los ojos ven es lo que vigoroso, fuerte, avasallante, destructor, guerrero, *ciego* ha llegado a poblar mi alma a su pesar.

¿El que mira en el espejo abre o cierra los ojos? El que mira a través de la ventana abre los ojos, el que ve en la ventana su propio reflejo está cerrando los ojos, es un ciego.

En el reflejo vemos lo que los otros ven en nosotros, vemos las fantasías de los otros, vemos lo que los otros creen ver en nuestros rostros. En este caso, en la habitación los sueños y las fantasías no son como los de un espejo, porque provienen todos de mi alma y de mi corazón. No los dicta más mirada que mi intimidad. No veo lo que los otros ven, tampoco logro clavar la vista del otro lado de la ventana...

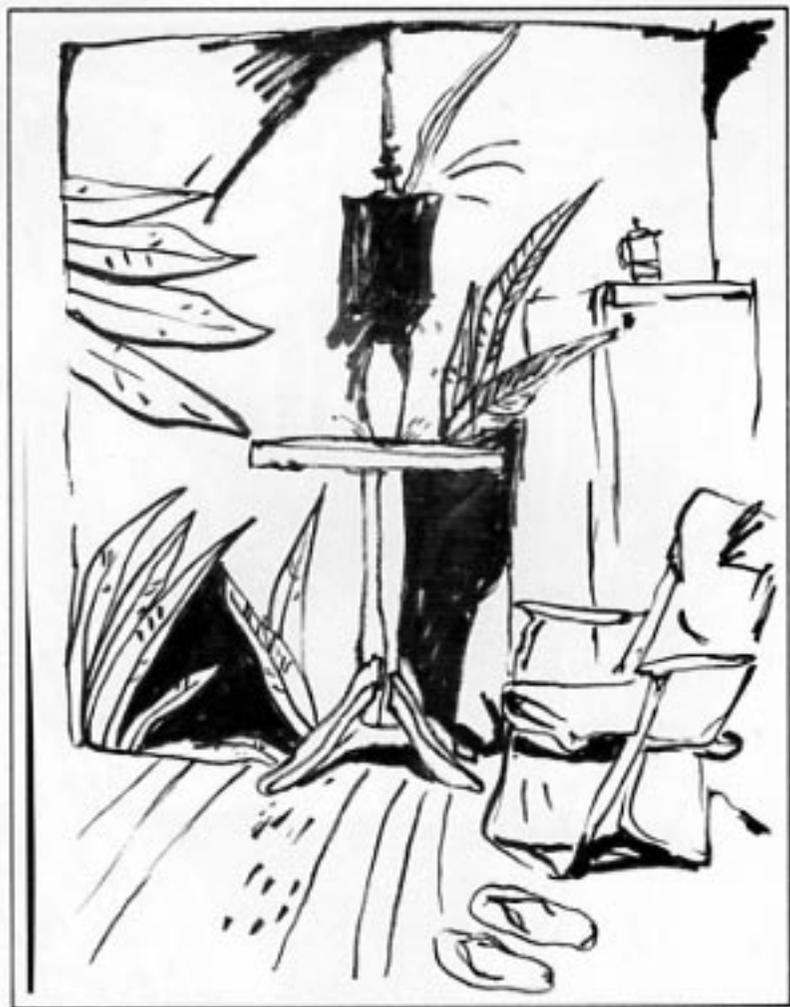
Y me asalta una duda: ¿qué pobló mi alma de lo que ahora habita el cuarto? ¿Qué lo hizo nacer? Yo no soy eso, tengo mi cuerpo a flote en otra página, una que reproduce la fotografía de una habitación en la que escribo, en que las cosas tías y ordenadas no tienen voluntad ni son poseídas.

¿Cómo regresaré al mundo de la fotografía? Me veo atrapada entre las páginas de un diario íntimo que utilizó las cosas visibles para definirse, de un diario con desesperanza, crudo, precreado, un mundo de pasión de amor, de posesión y entrega, un mundo sin dobleces, sin formas, todo violenta pureza de melancolía.

Carmen Boullosa







el azhar

